

pues, de lo contrario, no le veremos en una semana.

Elena se levantó ligeramente, y contestó acercando un mechero de plata que había en una bandeja:

—He sido educada por un padre que fumaba mucho, y el olor del tabaco no me disgusta.

Volvió á sentarse y no habló más que cuando la señora de Hérault la interrogaba. La velada pasó con una rapidez sorprendente, y Luis quedó asombrado viendo que eran las once cuando á él le parecía que acababa de levantarse de la mesa. Se despidió de la señorita de Graville, besó á su abuela, y sin pensar en ir al círculo, subió á su habitación, se acostó y durmió como no había dormido nunca hacia mucho tiempo. El día siguiente almorzó con las dos mujeres y volvió para comer. Lo mismo hizo toda la semana. Y la señora de Hérault, en el colmo de la alegría, pensó que con Elena había entrado la felicidad en su casa.

V

Al cabo de tres días, Clemente de Thauziat comenzó á extrañar la desaparición de su amigo y sospechó algún misterio. Estaba acostumbrado á los repentinos cambios de Luis; pero aquella retirada súbita después de una crisis violenta, anunciaba una importante modificación en las ideas del joven. Pensó que habría encontrado alguna ocupación galante, y como no era curioso no se preocupó por averiguar dónde se metía su satélite. Necesitaba ir á Bruselas para inspeccionar la marcha de una sociedad de la que Lereboulley y él eran administradores, y se ausentó de París por una semana. El día de su llegada quiso dar al senador cuenta de su regreso, y á las cinco de la tarde se dirigió á casa de Diana.

El hotel que ésta habitaba era delicioso. Tenía la entrada por el *faubourg* de San Honorato y su fachada principal daba al jardín, cuya puertecilla se abría tan fácilmente de noche para Lereboulley. Aquella bombonera alquilada, por cuarenta mil francos al año, había sido construída para mis Ho-

ward, cuando el príncipe Luis Napoleón habitaba el Eliseo. En sus pequeñas proporciones contenía todo lo que puede exigir el sibaritismo más refinado. Las salas de recepción ocupaban la planta baja, que por su elevación venía á ser un entresuelo. En el piso principal estaban las habitaciones particulares de la bella inglesa. En una de las alas laterales que formaba casi un pabellón separado, se alojaba Sir James. Una elegante escalera de piedra con pasamano de terciopelo, adornada de columnas de pórfiro y alumbrada por una farola de bronce dorado, conducía desde el vestibulo á una galería, por la que se pasaba á los salones.

Un gusto exquisito había presidido á la instalación interior. Los muebles eran de una elegancia sobria más ruinosa que el fausto chillón. Las pinturas de seda antigua del saloncito, los tapices copiados de Teniers de la sala de billar, los cueros de Córdoba Luis XIII del comedor, ofrecían una variedad de tonos que daba á cada habitación el carácter particular que debía tener. El dormitorio, precedido de un tocador á la Pompadour, donde las maravillas del estilo deleitaban la vista, estaba tapizado de una magnífica tela heliotropo con flores de plata, cuya suavidad prestaba un brillo más seductor á la blancura de Diana. La cama, estilo del Renacimiento, de ébano incrustado de nácar, estaba acompañada de cofres italianos con las armas de los Médicis en bronce dorado. La cómoda era un cofre veneciano, cuya tapa, formada de un mosaico de mármoles, representaba el casamiento del Dux con el Adriático. Los preciosos

muebles de esta estancia extraordinaria habían sido comprados en la venta del palacio San Donato. La chimenea, de peral negro esculpido, estaba coronada por un retablo, en el que se veía el retrato de la señora de Olifaunt en traje de Diana cazadora, con un pecho desnudo, y la diadema de plata sujetando sus cabellos dorados, obra admirable de Chaplin. El suelo estaba cubierto con un tapiz de astracán blanco, mullido y fino como la nieve.

Los días de recepción íntima la dueña de la casa recibía en el piso bajo en un saloncito japonés que Sir James había llenado de curiosidades escogidas por él con la seguridad de un inteligente. Había allí figuritas de marfil de lo más bello que se conoce y que formaban una serie de estatuillas hechas con la habilidad y la paciencia de los maravillosos artifices Teddo. En aquella habitación tapizada de seda azul pálido, bordada de pájaros caprichosos, de plantas monstruosas y de animales quiméricos, recibía Diana aquel día con un traje apropiado al cuadro en que se encontraba. Una larga túnica color de rosa con flores, abierta sobre el pecho y cuyas anchas mangas dejaban ver sus brazos desnudos, caía hasta sus pies calzados con babuchas verdes. Sus hermosos cabellos, recogidos sobre la frente, estaban sujetos por agujas de oro con cabeza de coral. Su traje era tan flotante que á cada movimiento parecía que se iba á salir de él, y estaba así admirablemente bella.

Daban las cinco cuando el criado abrió la puerta á Clemente. En aquel delicioso salón se hallaban reunidas siete personas. La hermosa Diana estaba

sentada junto al duque de Sforza, un noble italiano muy rico, con los cabellos teñidos de un negro verde, encerrado en una gran levita y mostrando en el ojal una roseta multicolor. Cerca del piano la señora de Andersen, una vieja americana, sin fortuna, pero con una hija deliciosa de rubios cabellos, ojos azules y barba un poco abultada, como todas las yankees, escuchaba al joven compositor Luciano Werdier cantar á media voz una melodía que acababa de componer sobre versos de Coppée. En el hueco de la ventana, Sir James mostraba un cuadro comprado por él aquel día, y se esforzaba en persuadir á Lereboulley, que le escuchaba con enojo, del mérito de aquella adquisición, que le había costado una friolera: ¡veinte mil francos!

La entrada de Thauziat arrancó á Diana á las seducciones del aristocrático extranjero, y sacó á Lereboulley de las garras de Sir James. Diana tenía siempre una sonrisa de reserva para Clemente; sin embargo, al verle entrar frunció el ceño. Se dirigió á él, se dejó estrechar la mano y se sentó lánguidamente sobre los almohadones bordados. El joven saludó á los dos americanos, hizo al músico una amistosa inclinación de cabeza y dijo dirigiéndose á Lereboulley:

—¿Qué hay, amigo? ¿Le enseña á usted Sir James alguna nueva maravilla?

—Llega usted á tiempo, mi querido Clemente. Usted, que es un verdadero inteligente, podrá decir á nuestro amigo que se ha dejado robar por ese bribón de Stainer. ¿Mil luisas un cuadro de diez

pulgadas de alto por ocho de ancho! Vea usted si esto no es digno de un camino real.

—Un Carlos Dolci auténtico y firmado—replicó friamente Sir James mirando severamente al senador.—En fin, ya es cosa hecha, y le advierto á usted que he dado un cheque contra su casa.

La idea del cheque aumentó la irritación de Lereboulley, que exclamó con ironía:

—Le agradezco á usted la advertencia... Pero lleva usted buen paso, Sir James. No hay fortuna que resista tales prodigalidades...

El inglés se puso serio, y preguntó como ofendido:

—Perdone usted, amigo Lereboulley; pero ¿caso mi mujer no tiene ya fondos en casa de usted?

—No es eso—interrumpió el senador.—Si censuro esa compra es por interés de usted. Compre usted lo que quiera... Yo no tengo nada que hacer... más que pagar... Pero esto no impide que ese cuadro me parezca un mamarracho.

Cogió á Thauziat por el brazo y se le llevó aparte, repitiendo con rabia: «Un mamarracho, un verdadero mamarracho.»

El compositor acompañaba á la linda miss Andersen, que entonces cantaba su melodía, y la madre, que se atracaba de emparedados, aplaudía con entusiasmo maternal silbando entre dientes:

—¡Delicious! ¡Very charming!

El príncipe italiano, que alardeaba de melómano, hacía coro, escuchando de cerca á la joven extranjera.

Diana había abandonado su asiento, y levantando

do una *portière* se llevó á Thauziat á la habitación inmediata, pequeño escritorio que servía á Sir James para despachar su correspondencia y pagar sus cuentas.

—Aquí no nos estorbarán—dijo sentándose en un sillón.

—¿Qué hay?—preguntó Clemente sonriendo.—¿Me encierra usted, Diana? Yo creía que esta era una especialidad reservada á Sir James.

—Nada de bromas—dijo la inglesa, en cuyos ojos azules brilló una mirada dura como el acero.—El momento no es oportuno.

—¿Tiene usted disgustos?

—Uno sólo; pero grave.

—¿Y tengo yo alguna parte?...

—Creo que todo.

Thauziat miró á Diana, y sabiendo que no era aficionada á dirigir recriminaciones, se puso muy serio.

—¿Qué ha dicho usted de mí á su amigo Hérault?—preguntó la inglesa.—Yo le dejé con usted al salir de casa del conde de Woreseff... Ustedes salieron casi al mismo tiempo que yo; lo he sabido por Lereboulley. Hérault debía venir á verme el día siguiente, y no sólo no vino, sino que se condujo conmigo de la manera más impertinente y más grosera... y delante de testigos. ¿Qué ha sucedido? ¿Cómo él, que la víspera estaba tan amable y tan rendido, se mostró el día siguiente tan violento y desdenoso? Es que usted cambió sus intenciones... no puede haber sido otro más que usted. ¿Cómo y por qué medios? Quiero saberlo.

—Pero, querida, es muy singular que me haga usted responsable de las acciones y los gestos de Luis Hérault. Él sabe lo que se hace. Tiene bastante edad para ello, y yo no le he de trazar su línea de conducta. Además, me admira ver á usted contrariada tan gravemente por una visita frustrada. ¿Sentirá usted que un solo hombre haya escapado á su poder?

—Si era justamente ese—interrumpió bruscamente Diana—el que yo quería tener á mis órdenes.

—¡Hola! ¡hola!—dijo Thauziat.—¿Hace usted tanto honor á Luis? ¿Es el galán preferido, casi indispensable? ¡Y lo reclama usted con tanta aspereza!

—Yo no reclamo nada... más que un poco de franqueza de parte de usted. ¿Qué ha dicho usted á Luis Hérault para impedirle venir á mi casa?

—Nada.

Diana se puso en pie con violencia, y preguntó á Thauziat mirándole de hito en hito:

—¿Por qué miente usted?

—No me tomo nunca esa molestia por nadie—dijo Clemente.—¿Por qué me la había de tomar por usted? No he dicho nada á Luis. Él ignora todo lo que usted oculta tan cuidadosamente. Pero viendo que ese muchacho estaba perdidamente enamorado y acariciaba proyectos insensatos—hablaba de robar á usted y de casarse después de un divorcio... ya ve usted qué locuras—traté de llevarle á una apreciación más exacta de las cosas, y no consiguiéndolo me lo llevé á pasear al aire libre... Dió

la casualidad de que íbamos detras de Lereboulley, y ese afortunado mortal nos trajo sin desconfianza hasta la puerta de esta casa...

—¿Y Luis le vió entrar?

—Sí.

Diana quedó silenciosa. Sus manos, un poco temblorosas, jugaban con las borlas de seda de su cinturón; su boca sonrosada, crispada por una sonrisa sarcástica, presentaba una expresión de astucia feroz, y sus ojos brillaban siniestros.

—¿Qué interés tenía usted en separarle de mí? Usted es incapaz de herirme sin una razón poderosa. Usted no ha sido nunca uno de esos imbéciles que hacen daño por el gusto de ver padecer.

—Ya sabe usted, Diana, que tengo una gran debilidad por usted. Pero no piense usted en Luis. Yo me he comprometido á no dejarlo en sus blancas manos. Este es todo el misterio. Desplume usted á Lereboulley, que tiene el ala dura y se defiende como puede. Pero perdone usted á ese pobrecillo que se cree un hombre corrido y es la misma sencillez.

La hermosa inglesa levantó vivamente los ojos, que miraban al suelo, y dijo mostrándolos á Clemente animados y luminosos:

—¿Y si le amase?

—No diga usted cosas inverosímiles—contestó friamente Thauziat.—Usted no ha amado nunca en el mundo más que á Diana. Y ha hecho usted bien, porque esa no la faltará jamás. Los hombres son estúpidos, y no valen la pena de preocuparse de ellos.

—Yo tenía un capricho por él.

—Pasará.

—Algún día se encontrará usted en rivalidad de amor con Luis Hérault... Eso es evidente, y entonces reñirán ustedes.

Clemente se echó á reír.

—Ese día se lo devolveré á usted para vengarme.

—Trato hecho—dijo ella dándole la mano.

—Corriente—contestó él.

Le besó la punta de los dedos, y añadió reparando en su brazo desnudo:

—Ya no lleva usted pulseras. Sin embargo, las tiene usted soberbias.

—No me gustan más que las perlas negras y muy buenas, y son demasiado caras para que yo las compre.

—Permita usted que se las envíe.

—Mejor será que me envíe usted la que su amigo ha descubierto—dijo en tono sarcástico la inglesa—y á la que hace la corte en casa de su abuela.

—En casa de su abuela no ve más que á Emilia Lereboulley.

—No, no. No se ha cuidado jamás de ese adefesio. Se trata de otra, de una nueva... ¿Le ha apartado usted de aquí para favorecer esos amores?

—No sé una palabra de lo que usted me dice. No le he visto hace ocho días.

—Pues vaya usted á presenciar el espectáculo, que debe ser curioso... y me lo contará usted.

—Sin duda.

Entraron en el salón, donde Sir James había entablado con Lereboulley una partida de juego. El

italiano conversaba con miss Andersen, cuya madre seguía comiendo pasteles con asombro del compositor.

Al cabo de un momento Thauziat pidió permiso para retirarse, y se dirigió al círculo, donde llegó preocupado. Las palabras de Diana le habían impresionado. Tenía entre otras cualidades excelente memoria, donde conservaba los menores incidentes. La p<é>rfida insinuación de la señora de Olifaunt evocó en su espíritu toda la historia de la joven á quien habían seguido, y los recuerdos del pasado que despertó en la señora de Hérault el apellido Graville. Y Thauziat vió clara y distinta la elegante silueta de la que durante media hora había excitado su curiosidad, agujoneado su deseo y hecho hervir con una sensación inesperada su tranquilo cerebro. ¿Era aquélla la que se había instalado en casa de la señora de Hérault? ¿Y por qué Luis no le había contado el desenlace curioso de aquella aventura?

Presentía una pequeña perfidia. Al fin, él era quien había reparado en la desconocida que pasaba modesta, sin más que su elegancia nativa y su gracia discreta para atraer las miradas. El había hecho á Luis que la siguiera, aunque sin ninguna idea preconcebida, sólo por el gusto de verla andar. El le había pedido que interrogase al portero. En una palabra, él lo había hecho todo para el providencial descubrimiento de Elena... Sí, Elena, recordaba su nombre, y no había olvidado su perfil severo ni la línea ondulante de su talle cuando aceleró el paso para ponerse fuera del alcance de su

persecución. Luis seguramente ni hubiera reparado en ella ni la hubiese seguido. El era el autor de todo aquel episodio, y creía tener una especie de derecho de propiedad sobre la joven que en cierto modo había creado.

Ya su imaginación se exaltaba, cuando por un rápido esfuerzo sobre sí mismo, advirtió todo lo que había de falso en su razonamiento y de inseguro en las conjeturas de Diana. No pudo menos de reirse, pero al mismo tiempo experimentó un secreto placer en la efervescencia que le había dominado. Vió en esto una prueba de que la juventud no le había abandonado. Analizó con complacencia su sensación y notó que estaba más preocupado de lo que creía. Había en él una irritación sorda y aunque no tuviese ninguna intención determinada sobre la desconocida, se consideraba suplantado.

Acostumbrado á guiar á Luis y á verle sumiso en su presencia como ante la de su amo y señor, adivinó en su vasallo un principio de rebeldía, y esta tentativa de emancipación le hirió en lo vivo. Si aquella muchacha hubiera gustado á Luis se la hubiese dejado; sus ideas en materia de galantería eran conocidas. Pero si se picaba su amor propio, si se trataba de vencerle, entonces sentía deseos de combatir y triunfar. Y ¡ay del que se le pusiera delante!

Hizo un gesto de amenaza y ya en medio de la gravedad de sus pensamientos, no se reía. Antes al contrario. Permaneció serio y se propuso poner pronto en claro toda la intriga. Acabó de comer

en el círculo, dió una vuelta por los salones, estuvo poco espacio mirando jugar al billar, vió que los carambolistas jugaban mal y cediendo á una impaciencia interior que no le dejaba estar quieto, se dirigió hacia el *Faubourg Poissonnière*. Al llegar, en vez de dejarle subir al piso principal como de costumbre, el criado le abrió una puertecilla que había debajo de la escalera y le llevó al jardín.

El día había sido caluroso, y después de comer la señora de Hérault se sintió molesta porque el calor era insoportable en el salón. Cogió el brazo de su nieto y dejando á Emilia que había comido con ellos, pasar delante, fué á sentarse bajo el fresco dosel de los árboles. Eran las nueve, la noche casi había cerrado, pero el cielo estaba tan claro que aún se veía. Un fresco delicioso subía de los cuadros de verdura cuidadosamente regados y las flores agitadas por la brisa embalsamaban el ambiente. Reinaba en el jardín una calma profunda. Apenas si un ligero murmullo de voces ó el lejano rodar de algun carruaje recordaba que se estaba en el centro de una gran ciudad. Absortos por aquel silencio, penetrados por aquella dulce tranquilidad, los cuatro estaban callados. Luis encendió un cigarro. La señora de Hérault que le dejaba fumar en toda la casa, protestó vivamente.

—¿Nos vas á envenenar con tu tabaco?

—¡Esto sí que es raro! Me prohibes el cigarro al aire libre y me lo permites en tu salón.

—Sí, pero hay aquí plantas que embalsaman este ambiente y tú inficionas sus aromas.

—¡Hola! Volvemos á la horticultura. ¿Acaso la

señorita de Graville gusta también de flores? ¡Tiene usted esta pasión inocente?

—La señorita de Graville ama las flores—contestó la señora de Hérault—y es mucho más inteligente que yo. Ella me ha indicado modificaciones muy ingeniosas y muy sencillas que se deben hacer en los invernaderos.

—En Graville, en casa de mi padre, estaban como he dicho á usted—dijo Elena.

—Pues sí has encontrado una cómplice, el año que viene vamos á figurar en la exposición. La señora de Hérault, medalla de oro, sección de gardenias. Esto hará buen efecto. Pero ya que mi cigarro te disgusta voy á dar una vuelta. ¿Vienes Emilia?

La señorita de Lereboulley se levantó y los dos desaparecieron por las calles del jardín. Al cabo de un momento sonaron pasos y la señora de Hérault exclamó:

—¡Calle! Es el señor de Thauziat.

Elena se estremeció al oír estas palabras. Desde hacía una semana había oído pronunciar aquel nombre muchas veces. Sabía que era el del amigo más íntimo de Luis. No levantó los ojos presa súbitamente de una angustia repentina como si presintiese la aproximación de un peligro, y oyó una voz de timbre sonoro que decía:

—Buenas noches, señora, ¿cómo está usted? ¡Qué! ¿la ha dejado á usted sola Luis?

—Se pasea con Emilia, pero como usted ve no estoy sola. Ya no lo estoy nunca. Tengo una hija adoptiva y le voy á presentar á usted á ella. Que-

rida mía, uno de nuestros mejores amigos, el señor de Thauziat.

Elena se levantó y mirando al recién llegado, reconoció el sombrío y altivo rostro del que acompañaba á Luis el día en que le encontró por primera vez. Antes de haberle visto lo había adivinado; no podía ser otro el que le producía con su llegada una turbación tan violenta. La vibración imperiosa de su voz, acostumbrada á mandar, la firmeza de su mirada que se imponía, la bizarría de su porte un poco desdeñosa, todo en él denunciaba al hombre no vulgar. Bueno ó malo debía tener personalidad y dejar en todas partes señalada la huella de su paso. La señora de Hérault completó la ceremonia de la presentación diciendo:

—Mi querido Clemente, la señorita Elena de Graville.

Él se inclinó como si le presentaran á una princesa de sangre real y dijo con voz tan dulce que casi acariciaba:

—En adelante, señora, tendré menos remordimientos cuando me lleve á Luis, porque sabré que el vacío que deje su ausencia está bien ocupado.

Elena inclinó muy friamente la cabeza. No había nada en las maneras de Thauziat que no fuese enteramente correcto y, sin embargo, se sintió herida como si hubiese murmurado en su oído palabras de amor. El tono, el acento, la actitud de aquel hombre, todo era singular y llamaba la atención. Era imposible que algo en él resultase indiferente. Era preciso fatalmente adorarle ú odiarle.

No había que pensar en sustraerse á su influencia.

Elena desde el primer momento comprendió claramente esta fatalidad. No se engañó en cuanto á Clemente y tuvo la certeza de que la causaría mucho bien ó mucho mal. No sabía, ni podía juzgar si sería una cosa ú otra.

Mientras él hablaba con la señora de Hérault ella se atrevió á observarle. No pudo descubrir en su rostro nada que denotase maldad. Tenía la frente ancha é inteligente, los ojos negros, brillantes y profundos, hermosa dentadura y bizarro aspecto de fuerza y alegría. Sólo la nariz mostraba una línea demasiado dura. Pero este podía ser un indicio de orgullo lo mismo que de crueldad. Su voz tenía seducciones irresistibles. Mentalmente comparó á Luis esbelto y flexible, con sus cabellos rubios, sus ojos azules, su voz afeminada y su carácter indeciso, con aquel moreno enérgico y resuelto. Parecía una paloma al lado de un milano. ¿Qué resistencia podía oponerle? ¿No había nacido para ser su presa? En aquel mismo instante apareció Luis con Emilia. Desde lejos conoció á su amigo y gritó:

—¡Hola, Clemente!

Pero no apresuró el paso. Parecía que se acercaba á disgusto. La señorita de Lereboulley, por el contrario, se acercó presurosa y sonriente tendiendo la mano á Thauziat.

—Me ha cumplido usted su palabra. Gracias.

—¿De qué le das las gracias?—preguntó Luis.

—De un favor que me ha hecho.

—¡Hola! Thauziat! ¿Tú haces favores? Ten cuidado, Emilia, que no será desinteresado.

—Puede pedirme lo que quiera—contestó gravemente Emilia.—Nunca será tanto como lo que yo le he ofrecido.

Y pasando por delante de los dos jóvenes fué á sentarse entre la señora de Hérault y Elena. Luis y Thauziat permanecieron en pie apartados de las damas.

—¿Qué ha sido de ti en todo este tiempo?—preguntó Clemente.—¿Acaso te vas á hacer ermitaño?

—¡Diablo! Soy aun demasiado joven para eso.

—¿O es que te retienen los buenos ojos de esa muchacha?

Y con un irónico movimiento de cabeza, señaló Thauziat á la señorita de Gravelle. El corazón de Luis palpó con violencia. Comprendió que su amigo estaba más serio de lo que aparentaba y que su pregunta exigía una contestación franca. En el primer momento sintió impulsos de confesar que le gustaba y que deseaba hacerse amar de ella. Pero el recuerdo de la modesta posición de la joven le contuvo y no quiso revelar el vivo interés que le inspiraba. Temió la burla y se mostró á la vez un poco celoso. Recordó la admiración de Thauziat cuando vió á Elena por primera vez, creyó prudente no llamar la atención del seductor y negó.

—¿Qué?—dijo con un desdén afectado.—¿Esa señorita de compañía? No por cierto; no comprendo los amorios dentro de casa. Cuando se rompe no se atreve uno á volver; ó hay necesidad de despedirla á ella y eso da apariencias de verdugo.

Tengo el corazón demasiado sensible y no me gusta hacer padecer á nadie. Además, ¿á tí te parece guapa?...

—Mucho, y puesto que la plaza no está sitiada...

—Pero Clemente, está en casa de mi abuela...

—No temas; respetaré la casa.

—Además es de buena familia.

—Entonces se puede uno casar con ella—dijo Clemente riendo.

Luego añadió poniéndose serio y fijando los ojos en Luis:

—Estás hoy muy pudibundo. ¿Tienes alguna idea?...

—Ninguna.

Voluntariamente, por dos veces, Thauziat había presentado á Hérault la ocasión de hablar. Dos veces retrocedió éste ante el deber de confesar la verdad. En cinco minutos se había preparado terribles dolores para el porvenir.

Se habían acercado al grupo formado por las tres señoras y entablaron conversación con ellas. Emilia, antes silenciosa, se fué animando poco á poco y su ingenio, al chocar con el de Thauziat, comenzó á despedir chispas. Aquellos dos brillantes contendientes justaron entonces como si hubieran tenido un centenar de oyentes para aplaudirles. Parecía que Clemente deseaba ostentar sus fuerzas y que Emilia, dichosa por la mancomunidad de ideas establecida entre ambos, se esforzaba en buscarle temas para que se luciera.

La señora de Hérault, Elena y Luis estuvieron oyéndoles hasta las once, sin advertir que la noche

iba refrescando y que el silencio de la ciudad se hacia cada vez más profundo. Fué necesario que Luis exclamase: «Pronto van á dar las doce», para que se rompiese el encanto. Entonces se levantó la señora de Héraul y todos se dirigieron hacia la casa. En el vestibulo estuvieron un momento reunidos, mientras Emilia se ponía el abrigo ayudada por una doncella.

—Hemos pasado una velada deliciosa—dijo la señora de Héraul.

—Que será fácil repetir—añadió Emilia—á poco que el señor de Thauziat se preste á ello.

Clemente sonrió sin contestar, deseoso de no mostrar gran interés; se inclinó delante de la abuela y de Elena, estrechó la mano á Luis y dijo á Emilia:

—Voy á acompañar á usted hasta su coche.

Salieron, y los tres habitantes del hotel les vieron alejarse.

—¡Qué hombre tan agradable es este Clemente!—dijo la señora de Héraul.—Viéndole y oyéndole, ¿quién se puede figurar que es un diablo? Porque, sí, mi querida Elena, es un diablo... Pero durante estas dos horas ha estado delicioso... Creo que volverá.

—No te hagas muchas ilusiones, abuela—dijo Luis.—Thauziat sabe hacerse desear. Hoy se ha consagrado á ustedes y lo probable es que no le vuelvan á ver en quince días.

En el fondo Luis esperaba que así sucediera, pero tuvo una decepción. El día siguiente Thauziat volvió, y como si se hubiese operado en él una

transformación tan completa como la de su amigo, parecia encontrar un vivo placer en la vida de familia. Siempre había sido tratado por la señora de Héraul como un hijo, y por otra parte, su intimidad con Luis justificaba sus visitas. Sin embargo, fácil hubiera sido notar que no iba nunca más que á las horas en que estaba seguro de encontrar á Elena al lado de la anciana. Por lo demás, se hacia el inofensivo con una habilidad y un tacto sorprendente. Adormecía las preveniones de Elena, no despertaba la sospechas de la señora de Héraul y casi había engañado á Luis. Este pensaba: «Clemente, después de todo, me tiene verdadero cariño, ¿por qué no ha de venir por el gusto de verme?»

Emilia era más perspicaz, y desde el primer momento vió más claro que todos. Sin embargo, lo que sucedía á Thauziat era bastante complicado; pero no hay nada más sutil que una mujer que pretende para precisar la causa de sus penas.

Al principio Clemente se había acercado á la señorita de Graville por curiosidad, por saber lo que era. Lastimado por el hipócrita silencio de Luis, se habia propuesto vengarse dando un pequeño disgusto á su amigo. Luego se habia ido interesando en el juego y el encanto de Elena habia consumado la derrota del invencible.

Elena le habia conquistado, esto era indudable. Él se complacia en estar á su lado, aun sin hablarla. Pasaba muy bien toda una velada en el hotel de Héraul jugando á la bésiga con la abuela, por tener el derecho de mirar á la joven, que trabajaba

al lado de la mesa sin levantar los ojos de su labor. Experimentaba, respirando el mismo aire que ella, un placer nuevo, dulce y poderoso. No se preguntaba á dónde le llevaría aquella pendiente que bajaba con tanta rapidez. Sabía que le era grato seguir el camino, y que aquella satisfacción era la mayor de las que había experimentado. Procuraba ganar la confianza de Elena, y cuando tenía ocasión la hablaba gravemente de su país, de su familia y de la existencia precaria que había soportado con tanto valor. En estos momentos encontraba palabras de infinita delicadeza para expresar la admiración que le inspiraba, y era un espectáculo curioso el de aquel hombre gastado complaciéndose en la inocencia y la ternura.

Emilia había seguido no sin tristeza las maniobras de Clemente; media con mucha precisión las etapas que recorría en el camino de su pasión, y viendo á Elena impasible antes las cualidades singularmente seductoras del joven, la estimación que desde luego había sentido por ella aumentó mucho. En su lugar ella hubiera respondido con alegría á las insinuaciones de aquel galán. ¿Qué otra hubiera mostrado un continente tan firme y tan digno? ¿Quién podría demostrar tan cortés frialdad y tan amable reserva? Llegando á creer que no se daba cuenta de las atenciones de que era objeto, Emilia decidió sondear hábilmente aquel corazón que no disimulaba sus sensaciones.

Tratada como si fuese la hija de la señora de Hérault, Elena había sido instalada al lado de la abuela. Se puso á su servicio una doncella, y fué

colmada de toda clase de regalos. Como no tenía absolutamente nada que ponerse cuando cedió á las instancias de la señora de Hérault, Emilia fué la encargada de recorrer con ella las tiendas, y desde luego entraron en cierta intimidad. Por su parte, Lereboulley hizo una buena acogida á la nueva amiga de su hija, y la atrajo á su casa. Elena no opuso resistencia. La excentricidad de Emilia la asombró, pero su naturaleza, buena en el fondo, la agradó. Adivinó la amargura que había en aquella alma privilegiada, y supo descubrir los tesoros de ternura que dormían en su fondo como perlas bajo el tumulto de las olas. Viéndola desgraciada se unió á ella, y se mostró tal como era en toda su cándida y tranquila rectitud.

Al cabo de algunas semanas eran íntimas amigas y pasaban muchas horas en el taller de Emilia. Elena se había dedicado á pintar en porcelana y lo hacía con bastante gusto, y mientras inclinada sobre la mesa, con un gran delantal sujeto á la cintura, manejaba delicadamente el pincel, Emilia hacía su retrato. Una tarde que ésta, fumando un cigarrillo, daba consejos á Elena, que copiaba un plato persa, dijo á su discípula:

—No estoy descontenta del retrato... No sale mal. Si usted me lo permite lo enviaré á casa de Petit, á la Exposición de los internacionales.

Elena levantó la cabeza y contestó, dejando el pincel:

—Puede usted hacer lo que quiera, pero creo que podría usted enviar cosa que llamara la atención más que mi retrato.

—¿Habla usted sinceramente? Pues qué, ¿no sabe usted que es muy linda? Thauziat, á fuer de inteligente, podría enterar á usted de esto, porque no cesa de mirarla.

Un ligero rubor subió á la frente de Elena, que no contestó. Emilia quiso atacarla en sus últimas trincheras.

—¿No ha comprendido usted que la ama?

—¿Cree usted que el señor de Thauziat pierde el tiempo en pensar en mí?

—¡Oh! No hay cuidado... Está bien convencido de que no lo pierde.

—Pues en ese caso, se engaña—contestó con firmeza Elena.

Emilia exhaló un suspiro de satisfacción. No dudaba que Thauziat amaba á Elena, ni podía hacer que aquel hombre, á quien adoraba sin esperanza, no tuviese miradas para otras mujeres. Sabía además que no había encontrado ni encontraría muchas que se mostrasen crueles. Pero hubiera sentido mucho que Elena le amase. De todas las rivales que podía tener, ésta es la que le hubiera causado más pena. La amistad que la había consagrado se hubiese envenenado, y ella daba casi tanta importancia á su amistad á la joven como á su amor á Thauziat. Desde entonces estaba tranquila. Elena había resistido el encanto, saliendo victoriosa de esta terrible prueba. Una boca tan altiva no mentía.

Enterada ya de lo que quería saber, mudó de conversación y no volvieron á hablar nunca de Clemente. Después de haber logrado lo que quería

de Elena emprendió la misma maniobra con Thauziat, tratando de descubrir sus secretas intenciones. Sabía que la cosa no era fácil y que la lucha con semejante adversario sería más penosa que con la confiada joven. Clemente mismo le presentó la ocasión que buscaba. Una noche que había comido en casa del senador, donde se celebraba un banquete, se había sentado en el salón y escuchaba resignado á la señora de Olifaunt, que cantaba con más pretensiones que voz el delicioso lamento del *Cid*: «Llorad, mis ojos...» Al terminar el canto, en medio de los aplausos, Emilia se acercó á Clemente, á quien dijo, señalando á Diana:

—Tanto le han dicho que tenía cien mil francos en la garganta, que hace esfuerzos desesperados por sacarlos.

—Y debe padecer mucho—dijo friamente Thauziat—porque da unos gritos terribles.

—Luis no aprecia debidamente el favor que usted le ha hecho haciéndole romper con ella.

—Sí, ahora estará muy tranquilo en el *Faubourg Poissonnière*.

—Si la señorita de Graville hubiese aceptado nuestra invitación, hubiera venido.

—¿Cree usted que no puede pasar sin ella?

—Sospecho que siente una gran inclinación muy alentada por la señora de Hérault.

—¡Pensará casarle con Elena!

—Pues qué, ¿cree usted que ella es de esas mujeres con quienes se puede prescindir del matrimonio?

Thauziat no contestó. Se quedó pensativo y pa-

reció olvidar á Emilia que estaba á su lado. Ella no se atrevió á hablarle, á pesar de que hubiera dado algo bueno por conocer los pensamientos que bullían en su imaginación. Después de algunos minutos de silencio, irguió la frente, y dijo como continuando el interrumpido diálogo:

—Tal vez sea la mujer que le conviene. Si ella sabe adquirir ascendiente sobre él, todo irá bien.

—Creo que él le gusta mucho—contestó Emilia.

Un relámpago pasó por los ojos de Clemente y sus labios se crisparon. Pero pronto se repuso, y exclamó con un ademán de indiferencia:

—Buen provecho les haga á los dos... Que sean muy felices y tengan muchos hijos.

Se levantó, y Emilia no pudo saber más.

La señora de Hérault no ocultaba sus impresiones. Estaba loca por Elena. Nunca se había visto tan mimada. Aquella mujer, acostumbrada á una pasividad absoluta, no podía acostumbrarse á mandar. Los cuidados de su fortuna y de su casa la abrumaban, y los abandonó en manos de Elena, que supo hacerse amar y obedecer de todos. Tenía un modo dulce y gracioso de dar órdenes. El mayordomo, que era una potencia, dijo un día á la señora de Hérault:

—Prefiero una orden de la señorita Elena á una súplica de otros.

De este modo pudo la asombrada señora convenirse de que su hija adoptiva había hechizado á todos y adquirido insensiblemente una autoridad incontestable. Así es que solía decir:—«¿qué sería de mí si Elena me dejase?» Y es seguro que si su

nieto la hubiera hablado cualquier día de su amor pidiéndola permiso para casarse con la joven, hubiese acogido esta pretensión con entusiasmo. Pero el indolente Luis se contentaba con gozar de la dicha que le proporcionaba la presencia de la señorita de Graville, y no pensaba en modificar este estado de beatitud. Era una de esas personas que toman difícilmente una resolución, pero una vez tomada persisten en ella, aunque sea mala, antes de tomar otra. Naturaleza débil, sobre todo para el bien, y que no tenía energía más que para el mal.

Después de su conversación con Emilia, Clemente estuvo algunos días sin ir al *Faubourg-Poissonnière*, con gran extrañeza de todos. Luis le veía en casa de Lereboulley, porque la combinación del cable submarino se formalizaba cada vez más. El senador, después de pensarlo maduramente, había decidido, por consejo de Thauziat, constituir una sociedad anónima y acaparar con Luis y el riquísimo yankee J. Arthur Smithson la casi totalidad de las acciones. Los dos extremos del cable debían amarrarse en Brest y el Panamá, y la apertura del istmo daría seguramente gran importancia al negocio.

Lereboulley, muy entusiasmado con la idea de jugar una mala pasada á la sociedad inglesa del cable trasatlántico, como si al herir á sus compatriotas hiriese al odioso Sir James, exponía sus ideas, daba conferencias, interrogaba á Thauziat buscando una aprobación, que éste daba de labios afuera como si no escuchase lo que le decía su asociado. Visiblemente su talento tan claro y vi-

goroso estaba perturbado. Luis, viendo aquella flojedad y aquella apatía, adquirió seguridad y juzgó á Clemente menos fuerte de lo que había creído hasta entonces. Incapaz de imaginar las tormentas que producían aquella laxitud, decía: «Vamos, puedo luchar con él y vencerle,» y tuvo la audacia de preguntarle por qué no iba á su casa. Thauziat le dirigió una mirada, en que Luis encontró toda la ironía de otros tiempos, y contestó tranquilamente:

—Si deseas que vaya, lo haré por tí.

Hérault, picado, contestó con entereza:

—Mi abuela se alegraría mucho de verte. Tanto más cuanto que nos marchamos á Boissise...

—Iré á veros con tanta facilidad como en París... á mi vuelta de Inspruck.

—¿Vas á Austria?

—Si, voy á casa de los principes de Wienitsgrat, que hace mucho tiempo me tienen invitado á una cacería de gamuzas.

Luis pensó que decididamente su amigo había dejado de pensar en Elena, y las vivas inquietudes que antes experimentaba desaparecieron y se creyó en completa seguridad.

Sin embargo, entonces era cuando Clemente pensaba con más ardor en la joven. Aquella naturaleza altiva y fuerte no se rendía sin combate y antes de renunciar á una pasión tan diferente de las que había experimentado hasta entonces, se defendía con todas sus fuerzas. Analizaba sus sentimientos, discutía la persona que los inspiraba y trataba de demostrarse que no valía la pena que

se tomaba por ella. Desempeñaba para consigo mismo el papel de un consejero prudente y pensaba en todos los peligros de aquel amor. Todas sus críticas tenían por punto de partida esta frase de la señorita de Lereboulley: «¿Cree usted que ella es de esas mujeres con quienes se puede prescindir del matrimonio?»

Casarse era una resolución grave que Clemente no tomaba. Si se hubiera tratado de seducir á Elena, robarla de casa de la señora de Hérault, sacrificarla momentáneamente una parte de su libertad, no hubiese vacilado un momento. Ni los gemidos de Luis, ni las aclamaciones de su abuela le habrían conmovido. Todo lo hubiera subordinado á su gusto, como hacía siempre, y las consecuencias de su acción, fueran las que fueran, no le hubiesen asustado. Pero trastornar su vida, modificar su situación social, cambiar de la noche á la mañana la fórmula de su porvenir, y todo por una mujer... Al pensar en esto reía con convulsiones de rabia y juraba que no daría semejante mentís á su pasado.

Pero, entonces, ¿debía renunciar á Elena? La razón le decía que sí. Pero todo su ser se rebelaba á la idea de que pudiera ser de otro, de que aquel cuerpo flexible se estremeciera enlazado por un brazo que no fuese el suyo y que aquellos ojos de mirada profunda se velaran en el éxtasis de una voluptuosidad de que él no participara. Cuando se apoderaban de él estas ideas no sabía cómo desecharlas. La soledad en que había elaborado tantos planes atrevidos y acariciado tantos sueños

sonriente, le era odiosa. Necesitaba salir de casa y andar. Y aun así parecía que el seductor fantasma le seguía diciéndole: «¿Por qué me huyes? ¿No sería yo una dulce compañera de tu vida? Siempre me encontrarías á tu lado pronta á darte aliento y admirarte. Tu ambición, por lo menos, tendría un objeto, tus esfuerzos no serían egoístas y tus triunfos más bellos si fuéramos dos para gozarlos.» Por más que lo quería no lograba alejar de su mente estos pensamientos.

Había vuelto á la costumbre de ir á casa de la señora de Olifaunt. Era donde se encontraba más seguro contra sí mismo. La casa de la bella inglesa era una especie de linterna mágica, por la cual desfilaban personajes numerosos y variados. Allí Thauziat no tenía tiempo para pensar y la distracción era su salvación.

Diana quiso preguntarle lo que había averiguado en casa de Hérault, pero Clemente contestó con tan marcado disgusto que no se atrevió á insistir por más que lo deseara. Desde hacía mucho tiempo conocía con quién se las había para entrar con él en un terreno en que no quería seguirla. Sospechó por un momento que Thauziat estaba enamorado, pero en este caso era tan inverosímil que no le correspondieran que no había tratado de enterarse con exactitud, y atribuyó á preocupaciones de negocios el humor desigual de su amigo. Sabía que estaba metido en grandes empresas, que la miseria general y la paralización de los negocios podía comprometer, y como era interesada, nada le parecía más legítimo que aquella

inquietud. Sin embargo, Lereboulley aseguraba que Thauziat estaba á cubierto de todo peligro, y que no podía preocuparse por cuestiones de dinero.

Diana intentó algunas coqueterías para distraer á Clemente, pero él ni siquiera se dió por entendido; siguió tratándola como á un camarada y paseando mucho con ella. No se ocupaba en saber á donde le llevaba. Daban cita á Sir James, que seguía comprando á precios fabulosos curiosidades artísticas y acababan la noche con Lereboulley en algún *restaurant* á la moda, ó en cualquier teatrillo.

Un día, á eso de las cinco, pasando un carruaje por la calle de Séze, vieron los anuncios de una exposición de pinturas. La bella inglesa tuvo el capricho de verla, y entraron. Era una de las muchas sociedades que se forman de algunos años á esta parte, extrañas al salón oficial, especie de pequeñas iglesias en que cada artista tiene su capilla. Muchas personas de la buena sociedad se unen en ellas á los pintores de profesión y no es su gran talento uno de los menores atractivos de estas exposiciones particulares. Era el día de la apertura y el público acudía presuroso. Diana y Clemente dieron algunas vueltas mirando distraídamente los cuadros colgados en las paredes y fijándose algo más en la concurrencia que los visitaba.

Ya habían encontrado muchas caras conocidas y cambiado no pocos saludos y sonrisas, cuando llamaron su atención estas palabras dichas en un grupo que había cerca de ellos: «Es de la señorita

de Lereboulley.» Se adelantaron y de pronto Clemente quedó inmóvil y con los ojos fijos. En un lienzo con marco negro había reconocido el rostro de la que no se apartaba de su pensamiento. Diana le miró con asombro y viéndole parado y un tanto sombrío delante del retrato, preguntó:

—¿Qué sucede, Thauziat?

Él no contestó. Parecía que el retrato le fascinaba y no podía apartar la mirada de aquel cuadro.

La señora de Olifaunt pensó: «¿quién es la mujer que produce bastante efecto en un hombre tan firme, para hacerle olvidarse de todo y entregarse á esa contemplación estática? ¿Será ella la causa de esa perturbación cuyos motivos no he podido descubrir? ¿Quién es? Emilia Lereboulley la conoce; sin embargo, yo no la he visto nunca y su rostro es para mí enteramente desconocido.»

Así pensaba, dejando á Clemente entregado á su adoración y mirando circular á la concurrencia con un murmullo de voces ahogadas, cuando la hizo volverse una exclamación de su acompañante. A pocos pasos vió á la mujer que había servido de original para el retrato, acompañada de Emilia Lereboulley y Luis Hérault.

Clemente se puso muy pálido y Diana sonrió mumurando entre dientes:

—Todo se explica.

Un espacio de algunos metros separaba los dos grupos. Instintivamente Elena se había detenido viendo á Thauziat con la bella inglesa. Emilia había palidecido y Luis dirigió á su amigo una mirada llena de angustia. Aunque Clemente era el más

turbado de todos, fué el primero que rompió el silencio. Se acercó á Elena y dijo saludándola con esa gracia respetuosa que desde luego coloca á una mujer en su verdadero rango:

—Admirábamos, señorita, ese retrato que reproduce, en verdad, fidelísimamente los hermosos rasgos de la fisonomía del modelo, y ahora que podemos compararlo con él, admiramos al pintor cuyo mérito aquilata esta comparación.

—Vamos, señor de Thauziat—dijo Emilia—, aceptamos la primera mitad del cumplido. Se puede elogiar la belleza del modelo, pero en cuanto á la obra...

Al llegar aquí se interrumpió afectando reparar en Diana:

—¡Ah, señora!—dijo.—Perdone usted... no la había visto. Luis, la señora de Olifaunt...

Luis se había inclinado, pero Diana ni siquiera volvió la cabeza hacia él.

Devoraba con los ojos á la que consideraba su rival. Sus labios se contrajeron y sus ojos se cubrieron de un tinte sombrío. Dió un paso hacia adelante y dijo dirigiéndose á Emilia:

—Querida, ruego á usted que me presente á esta señorita. Me alegraré infinito de conocer á una persona encantadora, á quien por lo visto profesa usted cariño...

—Mucho—replicó Emilia en tono casi amenazador.—Y ya que usted lo desea... Querida Elena, la señora de Olifaunt, una de nuestras más hermosas mujeres... Señora, la señorita de Gravelle...

Diana fingió no advertir la extraordinaria im-

pertinencia con que Emilia había invertido el orden de las presentaciones, ni el acento desdibujado con que la había calificado de una de nuestras más hermosas mujeres... Se adelantó á Elena y dijo tendiéndola la mano:

—Celebro mucho esta ocasión, señorita... Siendo usted amiga de la señorita de Lereboulley, seguramente volveremos á encontrarnos y crea usted que tendré en ello mucho gusto...

Entonces saludó á Luis con la cabeza, y pasando entre Elena y él le dijo entre dientes:

—Sea enhorabuena.

Permaneció un instante mirando á Luis y á Elena y sonriendo malignamente. Luego dejó escapar esta exclamación:

—¡Bien, muy bien!

Cogió el brazo de Thauziat y saludó ligeramente á las dos amigas; diciendo:

—Hasta la vista.

Y se alejó. Elena la siguió con la vista admirando la gracia de sus movimientos, la flexibilidad de su talle y la elegancia de su porte. Luego, acercándose á Emilia:

—¿Con que esa es la famosa señora de Olifaunt, de quien tantas veces he oído hablar á usted?

—La misma; la divina Diana, esposa del baronet Sir James Olifaunt.

—¿Por qué nos ha mirado tan fijamente al señor de Hérault y á mí?

—Porque sabe la historia de usted y no ignora que la señora de Hérault la considera como si fuese su hija.

Elena se puso encarnada y contestó moviendo la cabeza:

—En sus ojos he visto el odio. Yo soy pobre y modesta; ella rica y soberbia. ¿Por qué me odia?

—Porque hay naturalezas que no piensan nunca en su propia dicha sino en la de los demás. La envidia acibara todos sus goces, y no están nunca satisfechas si no ven á todos desgraciados alrededor suyo. Diana es de una de esas naturalezas. Ha visto á usted tranquila, alegre, agasajada y ha olvidado su tranquilidad, su alegría y su corte de admiradores. Ha adivinado que es usted feliz y le ha bastado un minuto para odiarla.

—Pues ha adivinado bien—dijo Elena con acento sincero—, puede odiarme, porque es verdad, soy feliz.

Luis sintió impulsos de coger la mano á Elena y expresarla toda la alegría que le había hecho experimentar, pero una mirada de Emilia le contrajo y con el corazón rebosando dicha obedeció á la que parecía guiarle hacia el porvenir más risueño.

Entre tanto la señora de Olifaunt continuaba su visita del brazo de Clemente. Ya no miraba los cuadros, ni buscaba entre los concurrentes caras conocidas. Meditaba.

Así bajaron la escalera de piedra y se encontraron en el vestíbulo. Volvieron á subir al carruaje, y cuando éste se puso en movimiento, dijo con voz seca:

—¿Es esa la señorita de compañía que el necio

de Luis corteja á domicilio? No me ha parecido mal, y comprendo que la señora de Hérault estará encantada. Una querida dentro de casa es el sueño de todas las madres. Así el niño no sale y el amor, en lugar de distraerle de sus atenciones, le encariña con ellas.

Sin duda se disponía á proseguir desahogando en frases depresivas la rabia que la ahogaba, cuando Thauziat, poniéndola una mano en el brazo, dijo:

—La señorita de Graville es la más honrada de las mujeres, y agradeceré á usted que no hable de ella delante de mí.

Estas palabras fueron un rayo de luz para Diana, que exclamó dando un golpe seco con su sombrilla en la palma de la mano:

—¡Qué necia soy! No lo había comprendido, pero ahora me lo explico. ¿Usted ama á la señorita de Graville, y tiene por rival á Luis? ¿Usted, Clemente?

Clemente no contestó. Su rostro no se inmutó, pero retorció entre sus dedos crispados los guantes, que se había quitado.

—¿Sabe usted que es un gran triunfo para ella? ¡Impresionar tan profundamente al arrogante, al invencible Thauziat! ¿Y ella resiste?

—Nunca la he dicho una palabra que pueda hacerla sospechar que la amo.

—«Que la amo»—repitió Diana.—No puedo ocultar que la palabra amor me produce un efecto singular en boca de usted dirigida á una mujer que no soy yo.

—¿Va usted á estar celosa de mí al mismo tiempo que Luis?—dijo Clemente, en cuyos labios se dibujó una ligera sonrisa.

—Si he de decir á usted la verdad me disgusta un poco esa señorita. ¿Y usted la adora en secreto? Eso es bastante novelesco tratándose de un hombre tan práctico. Está usted desde hace quince días como un alma en pena. ¿Qué podríamos inventar para aliviarle? ¿Quiere usted que yo vaya á pedir la mano de esa señorita? Con mucho gusto le serviré á usted de madre en esta ocasión. Lereboulley y Sir James serán los testigos. No estará mal.

—Nada de bromas, Diana; esto es muy serio.

—Pues si hablo de matrimonio, ¿puede haber algo más serio? ¿No piensa usted en casarse? ¿Acaso puede usted hacer otra cosa?

—Quiero olvidar. Por la primera vez de mi vida no soy dueño de mí mismo. Usted me conoce bastante para comprender lo que sufro. ¿Qué es un hombre entregado á su corazón? Hasta ahora el mío ha obedecido á mi cabeza, y quiero que siga obedeciéndola... Haré un viaje.

—Querido—dijo Diana—la ausencia mata un capricho, pero aviva una pasión.

—Si padezco demasiado volveré y haré todo lo posible por ser dueño de la que amo.

—¿Y si ama á otro?

—No lo deseo, ni por ella, ni por él, ni por mí.

—¡Enhorabuena! Así es usted el de siempre.

Clemente no contestó. Diana se entregaba á sus reflexiones recostada en el fondo mullido del ca-

rruaje, y ya veía la imagen de Luis suplicante y reconquistado. Con un gozo cruel le ataba por medio de lazos hábilmente dispuesto, y se vengaba en aquel esclavo, embriagado por sus filtros amorosos, de la humillación que le había hecho sufrir.

VI

Boissise había cambiado mucho desde el día en que la señora de Hérault fijó allí su residencia para no separarse de su nieto. Alrededor del castillo, fastuosamente restaurado por Pedro Hérault, se había agregado un millar de hectáreas de terreno. Un lago abierto en medio de una pradera extendía sus orillas hasta los primeros árboles del bosque. En una isla, en medio de un promontorio elevado y rodeado de follaje, se alzaba, como en las encantadoras composiciones de Huberto Robert, la columnata blanca de un pequeño templo. Las avenidas del parque formaban bóvedas sombrías, iluminadas de noche por candelabros que un gasómetro alimentaba abundantemente. Do quiera la naturaleza había sido ayudada por el progreso.

Delante de la entrada se veía, majestuoso y soberbio, un jardín á la francesa, en el que cada cuadro estaba adornado en el centro por una inmensa cesta, sobre la cual se desarrollaba, en forma de asa, un arco de hierro cubierto de un rosal trepador, y en cada uno de los extremos por un